

XIX

Curioso é íntimo museo el saloncillo de los actores de la Comedia Francesa, donde todas las antiguas glorias dramáticas están vivientes, pintadas ó esculpidas, en las paredes, y parecen inclinarse con una sonrisa sobre el reposo de un cómico ó de una cómica de hoy durante un entreacto.

En aquella pared está la Duclos, apareciendo en la pintura de apoteosis de Largillière con la majestad, la pompa, la grandiosidad de las reinas de teatro de otro tiempo, con la amplia tabla de su pecho desnudo, entre los lambrequines de su traje de Ariana y bajo la corona de estrellas que tiene suspendida por encima de su cabeza un robusto amor. Y la Duclos está entre Baron y Lekain, y debajo de ella se ve la bella y dulce cabeza mediatubunda de Molière, pintada por Mignard. En aquella otra pared están expuestos los dos saloncillos pintados por Geoffroy, y que hacen revivir á la Mars rodeada de los actores y de las actrices de los primeros años del siglo; y por encima de uno de estos dos saloncillos se muestra la cabeza de Talma. Allá, en otra pared, entre las dos ventanas, el viejo y monumental regulador que ha marcado tantas horas dolorosas ó triunfales y que se alza entre dos columnas que sostienen los bustos

en mármol blanco de Clairon y de la Dangeville, con dos X debajo, en una de las cuales se ponía siempre Rachel. En esta pared, en medio de la cual la chimenea sostiene como reloj un bloque de mármol blanco rematado con un busto en bronce de Prévaille, está de un lado el lienzo de Ingres, que representa á Luis XIV recibiendo en su mesa á Molière; en el otro está el cuadro arcáico que da una imagen exacta de nuestro antiguo teatro y de su alumbrado con candilejas, y en el que se ven figurados en uno de sus papeles todos los histriones y los farisantes del pasado, con Molière en un ángulo: cuadro regalado por el obispo de Nancy á la Comedia Francesa.

Y en el pequeño museo tienen los vivos, para sentarse debajo de los muertos, anchos sillones, amplios canapés, de bellas formas contorneadas; tienen un mueble del siglo XVIII, que cambió un día el rey Luis Felipe por una araña que recordaba haber visto en su infancia en la casa de su padre y á la que Beauvallet, en sus negros humores, rompía un colgante de cristal con su bastón siempre que entraba en el saloncillo.

En las noches de invierno, bajo aquellos retratos, sobre aquellos asientos de pereza, en medio del verde amortiguado de las colgaduras, con aquella buena luz de antiguas lámparas, reflejadas por los espejos,

con la llama alegre de aquellas gigantes-
cas leñas como se queman solamente allí y
en la chimenea de la cámara de los jurados
de la *Cour d'Assises*, entre las pausas de
un momento de cómicos vestidos con trajes
de reinos de la Fábula y de la Fantasía, en
las noches de invierno, aquel sitio es tibio,
dulcemente luminoso y á la vez amable-
mente anticuado y algo mágico.

La Faustin, después de haber pasado el
día metida en la cama, se decidió de pron-
to á salir, y había venido á pasar una hora
aquella noche en el saloncillo de los actores
de la Comedia Francesa.

Estaba sentada, en traje de calle y con
las bridas de su sombrero sueltas, en la si-
lla de la esquina de la chimenea, volvien-
do la espalda al viejo cuadro que muestra á
Molière y á Gautier Garguille haciendo bu-
fonadas, y apoyado el codo en el pequeño
clavicordio, de formas rígidas, que figura-
ba en las representaciones del siglo XVIII,
en *El Barbero de Sevilla*, sobre el mueble-
cillo-reliquia de la comedia de Beaumar-
chais.

No queriendo salir, la trágica había sido
echada de su casa, por esa necesidad im-
periosa que empuja, al día siguiente de una
creación, al inquieto creador á ir, á pesar
suyo, á los sitios donde espera oír hablar
de su asunto, á que le dirijan frases, á que
le digan que ocupa la atención, á recoger

alabanzas, á tocar en la boca de las gentes
que conoce la admiración pública.

Se representaba aquella noche una gran
obra moderna de un académico que no daba
dinero, precedida de un proverbio de Mus-
set, representado ya un centenar de veces.
Había poca gente en el teatro y el saloncillo
de los actores estaba casi desierto.

Tres personas solas se encontraban allí:
un magistrado que tenía en aquel sitio una
afición que disimulaba bajo una corte ge-
neral hecha á las actrices de la casa; un
viejo literato, familiar de la casa que, des-
pués de haberse calentado todo el día en
las bibliotecas, venía á calentarse por la
noche en el teatro; un sabio prusiano pue-
sto de moda por el capricho de nuestro mun-
do científico por la ciencia germánica, y
que frecuentaba la sociedad adornado con
una corbata de lunares de color de rosa.

—Sin embargo, es verdad—decía al li-
terato francés—yo creía que el trabajo en
un rincón llevaba á alguna cosa... y toca-
ba, como alemán que soy, en aquel tiem-
po, el piano en mi buhardilla... ¡pero el
viejo Hase me ha dicho que aquí no se lle-
gaba sino por las mujeres... Vea V. á
Champvallier... si no frecuentara los salo-
nes... Entonces me he vestido como todo el
mundo.—Aquí echó una regocijada mirada
de orgullosa satisfacción sobre su persona;
después continuó en un tono lleno de tris-

teza:—Pero la desgracia es que comprendo que nunca podré llegar á decir á las mujeres esas ligeras cochinerías que vosotros los franceses sabéis decir... Lo intento... pero resulta muy grosero... demasiado sucio... y me quedo cortado en medio de mi frase sin poder terminarla.

De cuando en cuando, un actor, echando desde el vestíbulo una mirada exploradora por el saloncillo, se dirigía á la trágica y le nombraba los periódicos que la habían tratado bien por la mañana, pero sin añadir nada de su cuenta.

Sólo Bressant, con su voltijeante traje de Fantasio, vino á sentarse al otro lado de la chimenea y á hablarle muy alto, con calurosa simpatía de camarada, de las grandes cualidades dramáticas que había desplegado la víspera.

Después el saloncillo quedó completamente vacío.

Al fin entró un señor conocido de la trágica, un hombrecillo seco, de calva cuidada, trabajada, de cráneo semejante, gracias á recetas particulares, á una lisa bola de marfil, el tipo insoportable del hombre de sociedad *dilettante*, un aficionado chalan, un defensor de libros de éxito, un *cornac* de los extranjeros de distinción, el perfecto *rasseur*, en una palabra, cuyo cumplimiento, sin que él lo quisiera, hería siempre, pero tolerado y casi perdonado, por

esa cobardía del parisien respecto de un personaje cuyo nombre es citado por los periódicos en todos los entierros célebres y en todas las primeras representaciones.

Desde el fondo del saloncillo, avanzando hacia la trágica, con un profundo saludo le dijo, inclinada á un lado la cabeza, caídos los dos brazos á lo largo del cuerpo y con la voz más acariciadora:

—¿Sabe V. que su éxito de ayer ha sido completamente inesperado para mí?... La verdad, no creía que tuviera V. ninguno de los medios que exige el papel... pero, en fin, hay que rendirse ante su éxito, puesto que todo el mundo lo consagra... Yo no tenía ninguna confianza... debo confesárselo, vivía en un mundo que negaba su talento de una manera tan radical, que he experimentado verdadero asombro, un asombro muy agradable, créalo V.... pero permítame que le presente un extranjero que tiene furiosas ganas de hacer conocimiento con nuestra gran trágica.

Desapareció, y al cabo de algunos instantes presentaba á la Faustin un almirante holandés, que hablaba tan poco y tan mal nuestra lengua, que era poco probable que pudiera comprender otra cosa en francés que una pantomima de Deburau.

El *dilettante* y el almirante holandés eran reemplazados al lado de la trágica por dos jóvenes agregados de embajada, charo-

lados y lustrados, que se contoneaban cogidos del brazo, ensayaban en el espejo de la chimenea posturas, y repetían, turnando, en un tono expirante: «¡Divina, divina, divina!»

¡Un entusiasmo sincero, este último! Era un cirujano célebre, conocido por su pasión por el teatro, y que, atravesando el saloncillo como una bala de cañón, lanzaba con voz sofocada estas frases á la Faustin:

—Por V. he dejado de hacer una operación en Burdeos... Sí, he teleografiado á mi enfermo: «Imposible mañana, trabaja la Faustin...» Estuvo V. admirable, admirable toda la noche...

La Faustin sonrió graciosamente, y dijo:

—No, no, caballero... Mire V., tengo una cosa que no me engaña... Cuando estoy bien, bien del todo, me escucho... tengo placer en escucharme... gozo de mí misma... soy al mismo tiempo la actriz y algo mi público... Pues bien; ayer, sí, experimenté esto algunas veces... pero no siempre... no siempre.

—¡Admirable toda la noche, toda la noche!—gritó escapando el cirujano al oír una voz que decía: «Se comienza, señores.»

Luego, á la noticia esparcida por la sala de la presencia de la Faustin en el teatro, vinieron á verla amigos y conocidos, y la elogiaron, pero sin que encontrase en sus elogios la frase que acaricia una vanidad.

Y vinieron otros, y hubo nuevas visitas y nuevos elogios.

En fin, hasta que la Faustin abandonó el teatro, sucediéronse los cumplimentadores de admiración expansiva, ruidosa, grandilocuente.

XX

Los cómicos y las cómicas de talento no se dejan, en el fondo, conmovir ni seducir por el elogio necio, el cumplimento corriente, las exageradas felicitaciones de sus numerosos conocimientos. Para que su vanidad sea verdaderamente halagada, es preciso que encuentren en la admiración que se les atestigua una apreciación original, formulada en una frase justa, y hay necesidad de que se les señale lo que ellos comprenden haber representado bien, y que se ponga también el dedo sobre lo que crean no haber interpretado de una manera satisfactoria para ellos mismos. De este desprecio interior en los actores y las actrices, hacia la vulgaridad amable de todos, nace una confianza, una fe en dos ó tres íntimos, dos ó tres personas de gusto, de ordinario ásperas y gruñonas, y á veces procedentes de los medios más excéntricos, pero cuyo genio tiene únicamente para ellos importancia, acción, peso sobre su trabajo, y que

son los únicos que les dan el placer de la alabanza.

Y al día siguiente de la velada pasada en el saloncillo, después de almorzar, la Faustin se dirigió á casa de uno de esos íntimos, al que se había asombrado de no ver después de la representación.

Llegó á la calle de Santa Apolina, delante de un hotelito construido en la mitad del siglo XVIII, en la proximidad de la Muralla, del paseo de las carrozas, y que estaba en el mal estado de una casa abandonada y sin inquilinos hacía años.

El hotel, cuyos huecos del piso bajo estaban tapizados, no tenía portero, y, al cabo de diez minutos de llamar, un antiguo criado, de aspecto bobalicón de lacayo de comedia del repertorio antiguo, le abrió, después de reconocer á la visitante por un ventanillo, un pequeño postigo practicado en una de las hojas de la gran puerta cochera.

La actriz atravesó inmensas piezas desamuebladas, decoradas con maderas talladas encantadoras, maderas blancas, pero ennegrecidas por el polvo de medio siglo, y donde se veían esculpidas por todas partes palomas entre rosas; graciosa firma dejada en los artesonados por Mlle. Colomba, de la Comedia Italiana, para quien había sido edificado aquel hotel.

La Faustin fué introducida en la alcoba

del viejo marqués de Fontebise, que, aunque ya era la una de la tarde, estaba todavía en la cama.

Junto á su peluca, su dentadura metida en un vaso, en su mesa de noche, el viejo marqués estaba acostado, envuelto el cuerpo en una piel de carnero, un gorro de pieles con orejeras en la cabeza, y teniendo delante, sujeta muy alta con alfileres, en las cortinas del pie de la cama, una toalla.

—¿Cómo es que no se le ha visto á V., señor marqués?

—Muchacha, te encontré muy incompleta—dijo el marqués duramente—incompleta, sí, incompleta, ¿lo oyes?—repetía tosiendo y escupiendo entre cada palabra sobre la toalla, sujeta al pie de la cama.

El marqués de Fontebise era un viejo noble arruinado por las mujeres de teatro, y á quien no quedaba más que el hotelito comprado con intención galante en los últimos años de su esplendor, y una renta tan escasa, que le obligaba á comer en el figón y lo reducía al servicio de un Caleb, que se contentaba con el salario de una criada. Pasaba por el último sobreviviente de aquel saloncillo de la Comedia Francesa que tenía por presidenta á la inimitable Contat, y alrededor de la cual se agrupaban Collin de Harleville, el marqués de Jiménez, Andrieux, Picard, Vigée, Alejandro Duval, Ducis, Legouvé. Todas las no-

ches en que el Teatro Francés ó el Odeón representaban una tragedia ó una comedia del antiguo repertorio, se estaba seguro de encontrarlo allí donde se daba la comedia ó la tragedia. Dotado de la memoria de los viejos del siglo pasado, de aquella memoria que retenía todo el nobiliario de Hozier, conocía los clásicos de memoria, apuntaba, á pesar suyo, en el teatro cuando se retrataba el apuntador, y os iniciaba en todas las metamorfosis conocidas y desconocidas de un papel, y os contaba cómo tal gesto había producido tal mirada, tal juego escénico que no existía antes, y era capaz de daros la entonación particular con que habían sido dichos todos los hemistiquios célebres por los cómicos y las cómicas ilustres de los últimos sesenta años.

Por su propia autoridad, se había hecho en cierto modo el conservador honorario de las tradiciones, que defendía con pasión colérica y dando con el bastón en el suelo. Los actores le consultaban, los principiantes solicitaban ser oídos por él en su casa, donde los recibía en la cama, en la que pasaba todo el día, no levantándose más que para comer é ir al teatro.

Del amor de las cómicas, el marqués de Fontebise había pasado hacía muchos años al amor puro y desinteresado del arte dramático. El fué el primero, cuando la Faustin debutó en un teatro miserable, que la

descubrió, la ensalzó, hizo que hablaran de ella los periódicos, la llevó al Odeón; en fin, puso al servicio de la joven un celo, una actividad, una persistencia, una obstinación de profesor y de padre. Aquella protección del marqués, es cierto, lejos de ser del todo graciosa, era, muy al contrario, pródiga de durezas, de regaños, en los que salía á relucir á cada momento su injuria favorita: «Cabeza de palo»; y hasta algunas veces, cuando el trabajo de la actriz no iba á su gusto, acometido de repente de un acceso de irritabilidad senil, llegaba á tirar á la cabeza de su discípula todo lo que encontraba al alcance de su mano.

El marqués estaba tendido boca arriba, levantadas alrededor de la cabeza las dos puntas de la almohada; y de entre las sucias sábanas salían blancas cejas como malezas, una despótica nariz aguileña, y ojos amarillos que miraban á la trágica con aire descontento, disgustado.

La Faustin trataba de defenderse en un tono de familiaridad humilde.

—Señor marqués, la verdad es que el papel...

—¿Qué es lo que vas á permitirte decir del papel?... ¿No decías ya de Bayaceto que entraba demasiado pronto en la pasión, y que esto te molestaba?

—Y lo digo todavía... En cuanto al papel de Fedra... convenga V.... es verdad.

ramente demasiado múltiple... no ha habido jamás en el mundo actriz formada de manera á satisfacer completamente en esta creación... No es culpa mía, es culpa de Racine... Tengo confianza en el poeta, me abandono á su inspiración... pues, bien me engaña constantemente. Hay positivamente dos mujeres en este papel.

—Ta, ta, ta, vas á repetirme la frase del gran Rey de que había que hacer representar á la vez el papel por la Champmeslé y por la D'Ennebaut. —Y continuó después de haber escupido:— Mira muchacha, tú «tú eres quien lo has nombrado», es de una sequedad... claro está que es más difícil de decir que en Eurípides... no hay ocasión de desquitarse en él «y no yo»; pero es de una sequedad ¡ah! es de una sequedad...

—Es verdad, la entonación justa, verdadera, sentida, la encontré un día ensayándome en mi sala... pero después no la he encontrado jamás, jamás, á pesar de todo lo que he podido hacer.—Y añadió con tono melancólico:— Hay cosas que no decimos bien más que una sola vez, y esto en ciertas disposiciones de ánimo.

—Tú no lo has querido... las pavitontas de nuestro tiempo no saben trabajar... Piensa en los estudios preparatorios de un Lekain en un papel, cuando ponía cerca de seis minutos para decir cuatro versos;... y es bastante pobre de medios la ma-

nera como dijiste en la declaración á Hipólito los dos versos:

«Para deshacer el embarazo incierto
Mi hermana habría armado vuestra mano del hilo
[fatal.]»

—¡Porque están de más esos dos versos! ¡Porque hay que redoblar el gesto fuera de propósito! —exclamó la trágica levantándose, y paseándose por la alcoba con alguna animación.—¿Por qué no ha concluido después:

«Por vos habría perecido el monstruo de la Creta
A pesar de todas las vueltas de su vasto retiro?»

¿Por qué, después del armonioso final de estas dos rimas femeninas, aquellas dos rimas masculinas de una sequedad que no se presta á la dicción?... ¿Por qué ha olvidado el autor en este lugar que el estilo teatral debe ser absolutamente fabricado para la mímica?... Es una falta de Racine... la única que conozco... pero, en fin, estos dos versos, diga V. lo que quiera, señor marqués, estos dos versos no *alimentan* el gesto.

—¡Cállate, ó te tiro la peluca á la cabeza!—gritó el marqués, moviéndose desordenadamente bajo su piel de carnero.—¡Juzgar tú á los maestros!... Tú no eres más que necia, ¿lo oyes?, á veces una necia de genio sin quererlo, pero, en fin, una

necia «una cabeza de palo» todo el resto del tiempo.

—Vamos, señor marqués, hoy está V. de mal humor; me voy, hasta otro día.

—Oye, muchacha—dijo el anciano mirándola con ojos dulcificados y paternales—el marqués no está contento, no está contento... Constantemente te falta la llama épica de las grandes pasiones... después de todo, acaso se ha apagado esa llama... ¡Es todo tan burgués ahora!... Y vosotras os euredáis con un caballero, y vivís de la manera más conyugal en compañía del quídam... ¡Ah! Las cómicas de mi tiempo... era más accidentada la vida de su corazón... En fin, lo que hay de cierto es que no se advierte ni un solo momento en ti el fuego... y Fedra representada así, no resulta, no resulta, no resulta.

Aquí el anciano hizo una pausa, entornados los ojos y como soñoliento, pausa durante la cual la Faustin, creyendo que se dormía, se levantó para salir.

—Mira, muchacha, ¿quieres un consejo?—dijo el marqués después de haber escupido en la toalla, y en el momento en que la trágica iba á cerrar la puerta de la alcoba;—encuentra pronto un amante que te pegue... y á quien ames... esto te dará acaso el *la* del papel.

Y la Faustin volvió á atravesar las grandes habitaciones vacías, seguida del laca-

yo decrepito, mostrando una cara de niña reprendida, donde la singular recomendación del viejo amante del arte dramático, hacía asomar una sonrisa.

XXI

Eran las tres. La Faustin, que debía representar aquella noche por segunda vez Fedra, acababa de entrar en el baño.

La sala de baño de la actriz, *la cámara de porcelana*, como la llamaba Gueuegaud, era la única pieza que no había abandonado al tapicero de Blancheron, y que se había complacido en arreglar á su gusto y con una prodigalidad de dinero de que no había tenido idea para el resto del hotelito. Decía—ella que pasaba una hora en el agua—que en la ociosidad del baño tenían los ojos necesidad de distraerse con las preciosidades de la pared. Y había hecho ejecutar por Bracquemond, el ingenioso ornamentador, ochenta grandes placas de porcelana que cubrían enteramente las paredes.

El cerámico había echado sobre los lisos *panneaux* los pájaros que volaban por encima de arroyos, de ríos, de lagos, en medio del follaje de las húmedas orillas, y los vuelos deslumbrantes de aquellos pájaros de colores vitrificados atravesaban como relámpagos una verdura de claro esmalte, que se

destacaba del fondo alegremente blanco y lustroso. El pavimento de la habitación—una encantadora fantasía del artista—trataba de simular la riente alfombra que oculta la tierra bajo los árboles de flores, después de un fuerte viento; y las losetas parecían sembradas profusamente de blancos pétalos de cerezo, de rojos pétalos de ciruelos de Japón.

Para sentarse, había escabeles de porcelana de China.

El techo era muy original: en el centro un rosetón de espejos, cuyas juntas se disimulaban bajo maderas esculpidas, representaba la claraboya de un kiosco, y sobre la luna azogada de color de cielo, un ensayo completamente nuevo, se veían pintadas flores como en los salones italianos del siglo xvii. Aquellas pinturas habían sido arrancadas á un decorador, completamente único, viciado en el aguardiente; la Faustin no había podido obtenerlas sino reteniéndolo prisionero un mes en su casa. Y el rosetón del techo estaba encerrado en un ancho marco cuadrado, formado con estratificaciones fundidas de cristal de Baccarat, cuyos relieves accidentados y cuyas múltiples facetas tenían los movibles reflejos de un espejo para cazar alondras.

En medio de la habitación alzábase un inmenso brasero de cobre, brillante como el oro, y en el que había plantada una gran

rama de lilas, un verdadero arbolito, que la Faustin hacía renovar todos los inviernos y todas las primaveras, tan pronto como las flores se marchitaban.

Pero la pieza digna de la envidia de una mujer elegante era una pila de porcelana blanca completamente lisa, solamente decorada en el borde con un culebreo de hojas de mirto: una de las dos únicas pilas que había conseguido cocer un fabricante arruinado por la construcción de un horno para estas piezas de tamaño excepcional: la otra está en el Museo de Sevres. Los dos grifos de agua caliente y agua fría, dos cuellos de cisne de plata bruñida, habían sido fundidos en moldes dejados por Possot, aquel escultor-joyero de genio, muerto muy joven.

A la cabecera de la pila, sobre una *chaise longue* de tejido fino como una petaca de Manila, un peinador de guipure antiguo forrado de franela blanca, medio cubría, con un pliegue caído por tierra, unas pequenísimas zapatillas de plumas de colibrí.

La Faustin estaba en el agua hacía tres cuartos de hora, soñando, pensando, con el pensamiento difuso y como liquidado que produce un largo baño, en su visita de aquella mañana al marqués de Fontebise. Todo lo había tenido en la representación de la antevíspera: los aplausos, las llamadas á escena, la ovación al final, y sin em-

bargo se sentía contenta á medias de sí, le parecía que no había dado todo lo que se había prometido dar al abordar el papel. Sí, había representado con todos los recursos de su talento, ¿pero era verdaderamente bastante para este papel todo el talento posible?... y sin que supiera por qué recordaba en aquel momento de una manera que casi le molestaba, un grito, un grito lanzado en un mal drama de tísica del boulevard, por una actriz bastante mediana... pero que estaba algo tísica.

En medio de los sueños de la trágica, entró Guenegaud y entregó á su ama una tarjeta, diciéndole que la persona que se la había dado estaba abajo y preguntaba el día y la hora en que le haría el honor de recibirlo.

La Faustin leyó la tarjeta que decía:

LORD ANNANDALE

—¡ Lord Annandale! — dijo. — No lo conozco... no sé quién es.

—¡ La señora no conoce al caballero que me ha dado esa tarjeta!... ¡ Pero si es el señor William Rayne!...

—¡ William Rayne! ¡ Dices que es William Rayne!... Ahora recuerdo... Annandale era el título de su padre... ¡ Hazle entrar en seguida.

—¡ La señora olvida sin duda dónde está!

— Te digo que lo traigas.

Con mano temblorosa de emoción, tomó la Faustin de una mesilla un frasco y lo vertió entero en el baño, y cuando entró lord Annandale, el cuerpo de la mujer desnuda no era más que una apariencia rosada, casi invisible, en una blancura lechosa, opalina, que velaba y vestía su desnudez con una nube.

El joven lord, de luto riguroso, avanzó respetuosamente hacia la bañista, y al llegar á la pila puso una rodilla en tierra para besar la mano mojada que la Faustin tenía, así como ante una aparición, casi medrosamente.

— ¡ Sí, soy yo!... ¡ Oh! Han pasado muchas cosas en mi vida... algún día te las diré... Pero he leído todas tus cartas, y sé que sigues amándome, Julieta.

— ¡ Tú, William! ¿ Es posible? — y la Faustin, suspendiendo su frase, entregábase por completo á contemplarlo, y, por decirlo así, á asegurarse de su existencia, de su presencia real, con una alegría en el rostro casi loca. Y cuando él quiso hablar, poniéndole con gestos vagos la mano en la boca,

— No, no — murmuró — no me hables, lo que me dices me llena, y el sonido de tu voz me distrae... y quiero verte... ¡ verte aún más!

Guenegaud volvió á entrar.

— ¡Dios mío, señora, ahí está el señor Blancheron que tiene necesidad de hablarle... é insiste en subir!

Por los rasgos de la joven pasó como el mal humor de un despertar, y concluyó por decir:

— Di á Blancheron que no puedo recibirlo... ¡que estoy acostada con el señor!

Y al ver que Guenegaud vacilaba en cumplir la comisión, la Faustin añadió con voz imperiosa:

— Dile eso, te lo ordeno.

Así que salió Guenegaud, la bañista hizo señas con los ojos á William de que se sentara en un escabel de porcelana al lado de la pila. Y púdicamente cruzados sobre el pecho los brazos y su oscura cabellera solamente apoyada contra los rubios cabellos de William, con un movimiento acariciador de la cabeza, palabras entrecortadas y tiernas, interrumpidas por silencios, decían toda la dicha de la enamorada, que se calló de pronto, apartando del todo su rostro del hombre amado. William inclinándose sobre la cara vuelta de Julieta, vió en ella lágrimas que corrían silenciosamente á lo largo de sus mejillas, lágrimas de dicha que bebían sus labios sonrientes.

— ¡Oh! Vaya una felicidad singular... Se diría que lloro — dijo la Faustin pasándose el revés de la mano por los ojos. — Las cuatro ya... William, es preciso que nos

separemos... Ve á buscarme esta noche al teatro... Guenegaud te dará el billete del palquito con celosías... Vete en seguida.

Y cuando William trasponía la puerta, la trágica, los brazos y el seno fuera del agua, le dijo enviándole un beso:

— Lord mío, esta noche la Faustin trabajará para ti, para ti sólo, sábelo.

XXII

APRO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando la Faustin llegó al teatro, encontró ya formada una cola interminable, que ondulando á lo largo de la fachada de la calle de Richeliu, seguía el ángulo de las arcadas y penetraba en la callejuela de Montpensier: cola agitada y gesticulante, por encima de la cual subía el rumor de palabras apasionadas.

París estaba lleno de ardiente curiosidad por esta segunda representación, á consecuencia de las discusiones promovidas por la primera: los unos poniendo á la nueva trágica sobre la Rachel, los otros no reconociendo en ella más que una inteligencia mediana, servida por órganos muy distinguidos; un maravilloso instrumento manejado por el marqués de Fontebise, en fin, una actriz de arte, pero de ningún modo una actriz de sentimiento. Este era, hacía dos días, el tema de conversación y la discusión en los cafés, en los salones, en los

círculos. Además, á propósito de este *debut*, había comenzado á empeñarse en los periódicos una batalla sobre la cuestión de saber si era ortodoxo galvanizar la tragedia muerta por medio de efectos de drama moderno, de la manera como la tráfuga del Odeón tenía la inteligencia de representarla. Y el *todo Paris* se había dado cita aquella noche en el Teatro Francés para juzgar en última instancia á la artista.

La Faustin subió á su cuarto y se puso á repasar su papel con una impaciencia que la llevaba á cada momento á mirar el reloj, puesto sobre su tocador, y á aplicar el oído al murmullo lejano de la sala, que engrosaba y llegaba hasta ella así como el zumbido de las olas ascendentes de una inundación.

Contrariamente á sus costumbres, la trágica estaba en el escenario antes de que sonaran los tres golpes, y con el ojo en el agujero del telón. Y su mirada, indiferente para la sala llena de bote en bote de gente ilustre, para las severidades de aquellas caras conocidas, para el público tumultuoso y de antemano apasionado por ella, no buscaba obstinadamente en toda aquella sala, con su viva pupila, más que una silueta en la sombra y detrás de las celosías de un palco cubierto.

Los últimos minutos que precedieron á la representación, y mientras que miraba con insistencia al oscuro hueco, en el que

estaba segura que había ahora alguien, una especie de tierna debilidad física, un dulce comienzo de desvanecimiento la hacían, pronta á caer, sostenerse un instante, con el dedo pequeño, del agujero del telón.

Y cuando, al entrar en escena, la actriz tuvo que decir:

«No vayamos más adelante. Quedémonos aquí, querida Enona.

No puedo sostenerme; me abandonan las fuerzas»

la Faustin murmuró estos versos con el abandono de un cuerpo que desfallece de amor, y con esas notas húmedas en la voz que, en una sala de teatro, hacen que las personas que hay allí que se aman se busquen con los ojos. Y las palabras de Racine no contaban ya al público el amor de la mujer de Teseo, sino que contaban á William el amor de Julieta, y con la sombra de los bosques de Grecia, le hablaba de la sombra de los bosques de Escocia; y lo que decía amorosamente era tan claramente dicho al palquito oscuro, que á cada momento volvíanse cabezas en las butacas, volvíanse cabezas en los palcos, ojeando celosamente aquel rincón de sombra, donde estaba un hombre desconocido, cuya cara no se podía ver bien.

William fué á cumplimentar á la actriz

en su cuarto, en el primer entreacto, y ella lo despidió diciéndole:

—No vuelvas, no te quiero en medio de este pueblo de indiferentes... Espérame en mi carruaje después de la representación.

En el segundo acto, en la declaración amorosa, hubo un instante en que, en la emoción de su pasión, faltó la voz á la Faustin; pero el público no vió en los moribundos acentos de la actriz más que el espasmo de un alma agotada de sentimiento, y acaso jamás produjo en los espectadores una impresión tan fuerte la famosa tirada.

Durante este acto y durante los demás, á William era á quien seguía dirigiéndose el personaje, como modulando una eterna declaración en todos los tonos de la pasión; á William era á quien iban las ternezas, los transportes, las violencias de corazón, y las satisfacciones de la artista, en el éxito de una estrofa, brotaban del enamoramiento de todo su ser.

La trágica no oía nada, no veía nada, no advertía nada de los bravos, de los aplausos, del delirio de una sala conmovida en su fibra por la representación sincera de una verdadera pasión. Entregada por completo á uno solo, no había allí para la Faustin ni butacas, ni plateas, ni galería, ni anfiteatro, ni parterre; no había más que

dos manos con guantes blancos en una celosía bajada á medias.

Así como se lo había prometido á lord Annandale, la Faustin trabajaba para él, para él sólo, concediendo á su amante la mayor satisfacción de orgullo que puede dar á un hombre el amor de una cómica: la ofrenda amorosa de su talento, en presencia y con desdén de las dos mil personas para quienes trabaja, y que son como si no fuesen.

La representación continuó en medio de la admiración creciente de todos, y al mismo tiempo en medio de la sorpresa y el asombro de los que habían asistido á la primera. Aquella no era ya la Fedra, un poco salvajemente sensual de la antevíspera, la Fedra de Eurípides, sino la Fedra de Racine, la Fedra lánguida y con el arrullo de paloma herida.

XXIII

—Ravaud, á casa, despacio—dijo la Faustin á su cochero.

La Faustin se sentó al lado de William con el frufu que hace la seda de la falda de una mujer dichosa, y los dos, llenos de su felicidad, quedaron silenciosos. Saboreaban la voluptuosidad perezosa que, de noche, invade á una pareja de amantes en un estrecho cupé, la emoción tierna é insi-

nuante que va del uno al otro, la especie de suave penetración magnética de sus dos cuerpos, de sus dos espíritus, y esto en un lánguido recogimiento, y en medio de ese tibio contacto que pone la falda y el calor de la mujer en las piernas del hombre. Es esto como una intimidad física y espiritual, en una especie de media tinta en que los resplandores fugitivos de los reverberos, al pasar por las ventanillas, juegan en la sombra con la mujer, disputan á una oscuridad deliciosa é irritante su mejilla, su frente, un dije de su tocado, y os muestran un instante su rostro de tinieblas con ojos llenos de un dulce color de violeta. Añadid á esto el movimiento del carruaje que balancea los seres y los pensamientos, y echa, á una sacudida, una cabeza que se abandona contra un hombro que se ofrece. Y sin una sola palabra de amor, los dos amantes se dejaban ir al trote corto del carruaje, William teniendo entre sus manos la mano de Julieta, de la que palpaba maquinalmente los dedos finos y enlazadores, la piel fina, lisa, cálidamente húmeda, y aquella palma suave de la que le parecía que pasaba á él algo de la mujer amada.

XXIV

Llegados al primer piso del hotel de la calle de Godot de Mauroi, como William se detuviera, la trágica le dijo:

—Más arriba, amigo, cenaremos hoy en el *camarote*.

—¿Y las gentes que la señora ha invitado para esta noche?—exclamó Guenegaud con voz desesperada, por la puerta entreabierta del comedor.

—¡Qué cenen sin mí!... Les dirás que he salido para el Havre... que he querido ver la tempestad anunciada para esta noche.

Precediendo á su amante, la Faustin le hizo subir al último piso, y lo introdujo en un cuarto de suelo y techo de madera de abeto barnizada, y donde había un lecho de soltera con cortinas de muselina blanca.

—Este es mi rincón, donde se me deja tranquila para ensayar, para estudiar mis papeles... y esta cama, es la cama en que duerme una amiga de provincia que viene á verme algunas veces.

Delante de la chimenea, donde ardía un buen fuego de leña, había sobre una mesita cangrejos, una perdiz fría, una canastilla con uvas de Fontainebleau entre dos granadas y una botella de champagne: una cena de estudiante y de griseta.

—A todo esto—exclamó William—aún no te he dicho que hoy has sido la más grande actriz de la tierra.

—Hoy no hablemos más que de nuestro amor—dijo la Faustin—pero espera un momento,—y desapareció en un cuarto tocador.

William se sentó al lado de la chimenea mirando el cuartito donde, con el calor que comenzaba, se desprendía un sano olor de resina; y delante del lecho de cortinas blancas, aquel lecho puro, experimentaba un sentimiento de bienestar y de consuelo al no encontrarse en la alcoba de los amores de la Faustin y del que la entretenía.

La Faustin reapareció al cabo de algunos instantes, vestida con la bata y la pañoleta de encaje que lord Annandale reconoció por los que llevaba Julieta en Escocia, en aquellas noches en que los dos se pasaban horas enteras mirando los pavos reales blancos á la luz de la luna.

—¡Oh, las he conservado! — dijo la Faustin desprendiéndose de los brazos de William, tendidos para enlazarla. Y añadió:—Más tarde... sé razonable... Voy á servirte.

Los dos amantes, alrededor de la mesita y sin el servicio de criados, comenzaron aquella cena, que el roce de las manos ofreciéndose cosas, que las tonterías del sentimiento en toda libertad, á propósito de todo y de nada, que las alegrías de las comidas improvisadas, que la fresca emoción de aquella conversación á solas en aquella especie de buhardilla hacían parecerse á una cena de los primores amores de la juventud.

Los dos comían mirándose y sonriéndose.

De cuando en cuando, en aquella comida amorosa, la Faustin dejaba caer el tenedor llevado á la boca, y, después de un minuto de contemplación que parecía ese arrobamiento religioso que se ve en los cuadros, murmuraba con algo de la admiración de un hombre por una mujer, y entre el aliento profundo de una respiración suspirante:

—¡Estás muy hermoso, mi hermoso lord!

Y estaba verdaderamente hermoso, como decía la Faustin, el joven lord Annandale, hermoso con la dulzura melancólicamente tierna de sus ojos azules, hermoso con el cuidado peinado de sus cabellos y de su barba, hermoso con la claridad fotogénica que sólo tiene la piel inglesa, hermoso con la airosa esbeltez de un talle á la vez delicado y nervioso, hermoso con la aristocracia de las hermosas razas rubias.

Y era curioso y encantador el espectáculo del embarazo, de la confusión dichosa del hombre ante la corte que le hacía la mujer, aquella mujer aplaudida por todo París hacía una hora.

Y mudo, el enamorado extranjero no encontraba frase, palabra para responder á las gentilezas, á las gracias que enguinaldaban lo serio de aquel lindo amor francés.

Concluida la cena, y como William no se atreviera á encender un cigarrillo, Ju-

lieta se lo quitó de las manos, lo encendió, le dió una chupada y se lo puso en la boca.

—Ahora, mi hermoso lord, tus aventuras, todas tus aventuras desde que nos separamos.

William la contó entonces que su padre, asustado de su amor por ella, le hizo presentar su dimisión de la legación en Bélgica, le consiguió el puesto de primer secretario del virrey de las Indias, y esto en el espacio de algunas semanas, y con la autoridad que en Inglaterra, en las familias aristocráticas, ha conservado el padre sobre el hijo. Escribió á su Julieta, pero un criado, que estaba á la devoción de su padre, interceptó la carta. Entonces partió desesperado y pasó en la India años que le habían parecido eternos.

—¿Y el tigre negro?

—¿Cómo lo sabes? ¡Oh! Aquello no fué más que una herida insignificante, un gran arañazo... exagerado por los periódicos.

—¡El sitio, quiero verlo... enséñamelo! —y los dedos de la Faustin se pusieron maquinalmente á subir bajo la camisa, á lo largo de uno de sus brazos.

—¡Qué niña eres!

Lord Annandale continuó:

—En fin, al cabo de tres años, un telegrama me hizo saber la muerte de mi padre... Volví á Inglaterra... encontré to-

das tus cartas reunidas en un paquete sellado para enviármelas... era el momento en que los periódicos estaban llenos con el anuncio de tu *debut* en la Comedia Francesa... Pero los asuntos de los testamentarios me retuvieron en Inglaterra... y no he podido llegar á París hasta el día siguiente á tu primera representación.

Entonces la mujer, dejándose caer sobre la alfombra á sus pies, y acurrucada de lado, y los brazos cruzados descansando sobre sus caderas, le dijo mirándolo á los ojos.

—¡Pero quiero que me hables de las mujeres de allá!

—¡Las bayaderas! —dijo lord Annandale con tono de admiración irónica.— ¡Oh! Muy buenas muchachas, con su fisonomía astuta, el patear de sus pies desnudos, la gasa de color que las viste de transparencia, sus pantalones de seda ajustados, sus manos llenas de anillos y de espejos, su frente dorada, su nariz cargada de ruidosa bisutería.

—Sí, sí, pero á pesar de esas narices, estoy segura, mi hermoso lord, de que habrás amado mucho en aquel país.

—Amar allí, no, Julieta—dijo el inglés sencillamente;— lo que yo amaba era tu retrato... aun creyéndome olvidado de ti.

Julieta se levantó de la alfombra de un salto, y echándose sobre las rodillas de Wil-

liam, con los brazos atrás, acercó su boca á los labios de su amante y le dijo en un brusco beso:

— ¡Ven!

Y desnuda en un segundo, sembrados sus vestidos por la habitación, estaba ya en la cama, en la linda postura de una mujer que, apoyada la cabeza en un codo, sonríe de antemano al placer de la noche, un poco entreabierta la boca, y semejante á una roja flor, en cuyo fondo hay sombra húmeda.

Aquello fué toda la noche, entre los dos amantes, ardores y languideces, un apretarse y un soltarse de carnes que se estredecían, alientos que jadeaban en besos, suspiros que parecían salir de un desvanecimiento: eretismo y aniquilamiento dichosos.

Del cuerpo retorcido de la mujer se desprendía como una electricidad, una exhalación de placer que iba hasta las estremidades del organismo del hombre estrechado en sus brazos. Y entre los arrebatos sensuales de su amor había á la vez ternuras ingenuas de virgen y libertinaje de cortesana, recatos é impudores.

A veces en el balanceo gozoso de un espasmo, acudía á ella su infancia y le ponía entre sus dientes que chocaban, la palabra «Mamá», ese nombre que acude también

á la boca de las mujeres á quienes se asesina.

De cuando en cuando, ante el miedo de alguna cosa que tenía oculta en el fondo de su pensamiento, envolvía á William convulsivamente en ella misma, como en una protección enloquecida y delirante.

Y siempre besos, besos y más besos.

Hasta el día duró la refriega de aquellos dos cuerpos fundidos en una larga caricia, poniendo el desmayo de la voluptuosidad en el rostro de Julieta como una transfiguración extática, y fría, como el hielo en su boca de llama, la punta de su lengua amorosa.

Y las eróticas horas de aquella noche sonaban en el reloj del cuartito, sobre el que la Faustin había echado su pañoleta, veladas de encaje.

XXV

Estaban los dos amantes almorzando, sentados á la mesita de la cena de la víspera, cuando entró Guenegaud y puso delante de la Faustin una carta con sello de las afueras de París.

La Faustin abrió la carta, la leyó, abriendo mucho los ojos un momento, y exclamó:

— ¡Ah, al fin estoy tranquila!

Y entregó, con un gesto grave, la carta á William.

He aquí la carta:

Estación de Viroflay. Noche.

« Julieta:

»¿Verdad que matar á lord Annandale no sería el medio de recobrarte? Pues bien; puesto que Julieta ha concluido para mí, me mataré yo. Pero no quiero que caiga sobre ti lo odioso de mi muerte, y cuando recibas mi carta ya habré sido hecho pedazos, al caerme de un vagón, entre dos trenes que se cruzan. Está tranquila, he estudiado la cuestión sobre el terreno, y ya sabes que soy *hombre práctico*. La cosa será una muerte natural muy bien hecha, y en la que nada tienes que ver. ¡Oh! No temas que te haga reproches, Julieta. He tenido una infancia de pobre, una juventud de hombre feo, de hombre ordinario, y, en el infierno de mis negocios, mis únicos buenos años, y que me hacen imposible la vida en adelante privado de ti, á ti los debo y te doy las gracias por ello. No he amado en toda mi existencia más que á ti, á ti sola, y á un pobre perro que te acariciaba y que á ti te gustaba acariciar. Eres demasiado orgullosa para aceptar de mi herencia cualquier cosa, pero no rehusarás el legado de *Dick*, y dentro de un momento, al morir, me será dulce pensar que, cuando yo no

exista, el animal amado por los dos estará algunas veces en tus rodillas.

»Adiós,

»BLANCHERÓN.»

La mirada de William fué de la carta del suicida al rostro de la Faustin, y sintió una especie de espanto al ver las pocas raíces que deja en el corazón, nuevamente enamorado, de una mujer, un antiguo amor.

—Ese hombre te amaba verdaderamente —dijo con una nota enternecida en la voz lord Annandale;—hay que enviar por su perro.

XXVI

Algunos días después, lord Annandale y la Faustin visitaban, precedidos del portero, uno de los grandes hoteles de la calle del Faubourg Saint-Honoré, que estaba en venta.

Al atravesar una tras otra las habitaciones de recepción, el joven lord iba delante, mirando apenas, en una especie de ensimismamiento completamente británico y que no presta á las cosas exteriores más que una atención distraída, absorta. Y los comentarios del portero sobre la altura de los techos, la calidad de las pinturas, lo acabado de los artesonados esculpidos, no